



**ROBERTO  
LÓPEZ-HERRERO**

**N MUNDOS**  
MUNDO PEQUEÑO

«Adictiva, divertida,  
reflexiva y con unos toques  
de humor que hacen de esta  
aventura un referente  
diferente en la Fantasía»

JUAN GÓMEZ-JURADO

A finales del siglo XIX, la joven maestra londinense Susanne Connel hereda la mansión de sus tíos desaparecidos años atrás. No tardará en darse cuenta de que algo extraño ocurre. Una puerta a otro mundo le hará aventurarse en un Universo mágico, tecnológicamente distópico, y vivir múltiples aventuras de la mano de Dangerdollia, un hada steampunk con mal carácter, gatillo rápido y mucha afición a beber; y su gato Raffaello que guarda un secreto.

Allí buscará a su familia, encontrará un mundo libre, sin los corsés de su Londres natal, y deberá enfrentarse a toda clase de peligros para volver a su hogar.

¿O preferirá quedarse en Mundo Pequeño, en los N Mundos?

*A Susanna:  
en los N Mundos, tú y yo siempre estamos juntos.*

*A Rafael y a Carlitos,  
los gatos más buenos y generosos del mundo:  
gracias por los años de mimos, ronroneos  
y amor que nos disteis.*

Levantó su látigo y golpeó muy cerca de donde yo estaba. Cada golpe hacía retumbar y rasgarse el suelo. Me arrastraba sin fuerzas siquiera para moverme dentro de la armadura. Levanté el brazo derecho en un intento por protegerme. Otro azote y los eslabones se enredaron contra mí, apretando, asfixiándome, secando mi vida.

Mi protección cedía, mis fuerzas fallaban. Me miró y pude ver sus cuencas vacías con esas llamas en lugar de ojos. Su piel de cristal negro brillaba a la luz de las estrellas. Se reía. Nunca había escuchado una risa tan podrida.

Intenté rodar y escapar, pero no podía.

Quise alcanzar mi espada, pero llegó antes.

Volvió a reír.

Alzó el mandoble y me lo clavó en el pecho.

Sentí mi carne abrirse y mi voz huir a gritos.

Agarré el filo que me partía en dos.

No tenía fuerza.

Mis ojos se cerraron.

Me rendí.

Morí.

# 1

## TIEMPO ATRÁS

**E**l albacea de mi tío me había citado en la propiedad. Si bien el hermano de mi madre siempre fue poco dado a lujos y ostentaciones, no recordaba la enorme casa en tan deplorable estado. Tras cruzar las puertas del antaño cuidado jardín, me sumergí en la pesadilla de un botánico: malas hierbas creciendo por doquier, lugares de recreo, como el rincón de lectura de mis tíos, invadidos por las hiedras y otras plantas oportunistas. Espinos, cardos y un sinfín de invasores habían tomado el que había sido escenario de mi infancia deformándolo, alterando mis recuerdos de aquellas tardes cálidas de verano años atrás. La melancolía se apoderó de mi corazón: «oh, querido tío, tuviste que sufrir mucho en tus últimos días». Debí de pensarlo en voz alta porque alguien respondió.

—Era un hombre fascinante su tío, mi querida Susanne.

—Hola, señor Mallard, no le oí llegar.

—Mis disculpas si la he asustado, jovencita. Este entorno se presta a creer en fantasmas —rió el albacea.

Había sido amigo de mi tío durante más de treinta años. Juntos habían iniciado negocios muy prósperos y juntos habían soportado grandes fracasos. Su amistad había llegado al extremo de comprometerse ambos con sendas amigas e incluso celebrar a la par sus respectivas bodas aquí, en la mansión que fue escenario de aquellos años de frenesí en los negocios. Por ese motivo, el señor Mallard se empeñaba en decir que éramos familia, aunque no era así.

Mi tío, Robert Wolfsmith, era el hermano mayor de mi madre y como tal siempre había tenido debilidad por ella y por nosotros, máxime cuando mi abuelo había muerto siendo ellos niños y fue él quien tuvo que ejercer, desde los catorce años, como cabeza de familia y gestionar el patrimonio de mi abuela. Tuvo éxito en buena parte de sus inversiones, y durante unos años, Industrias Wolfsmith fue un referente incluso en el continente. Al no haber tenido hijos con su esposa, de la que llevo el nombre, ambos sintieron siempre un especial cariño por mí. Mi madre cuenta, como anécdota, que mi tío, una Nochebuena en la que los licores fueron abundantes, llegó a ofrecerle una descomunal suma de libras por mi adopción, pero que ella jamás hubiera dejado que su hija se criase con una pareja tan dada a los parajes exóticos, las bebidas exóticas y las sustancias exóticas.

Robert Wolfsmith era un hombre de carácter alegre y debió de ser un codiciado soltero no solo por sus múltiples negocios: tenía una poderosa voz que adornaba su ingenio y hacía gala de un sentido del humor que lo convertían en centro de cualquier reunión, aunque él solo tenía ojos para mi tía Sue. Se conocieron en ultramar y nunca se separaron. Juntos viajaron por el mundo, devoraron miles de libros, cultivaron inusuales plantas en su invernadero y criaron toda clase de animales traídos de los cinco continentes. Para mí, poder visitarles era adentrarme en un mundo de ciencia, de cultura, un mundo sin los corsés que aprisionaban al Londres de la época. Supongo que por aquellas tardes leyendo, riendo, disfrutando de sus animales; en resumen, viviendo con ellos, nació mi vocación de estudiar y no buscar un marido... hasta que llegó Michael, el insistente y promotor médico Michael. Sé que mi madre quería a mis tíos, pero también que no veía con buenos ojos su forma de vida y cómo influyeron en mí. Era una pareja fascinante, unida por un afán de conocimiento casi enfermizo. Un periódico de la ciudad les dedicó un reportaje, que mi tío exhibía

orgullosamente enmarcado en su despacho, titulado «El matrimonio al que envidia la Royal Geographical Society».

Por eso no nos extrañó que se encerrara en esta casa tras la desaparición de mi tía en uno de sus viajes.

Ahora, años después, él también se había ido y yo era la heredera de sus sueños rotos.

—Vayamos dentro, señor Mallard, se está levantando bruma.

—¿No la acompaña su prometido, querida?

—¿Qué tiene que ver Michael en todo esto? —pregunté, ofendida, pero él solo sonrió.

El interior de la casa era un reflejo del exterior. Abandono y dejadez por todos los rincones. La biblioteca, desordenada y con muchos de sus volúmenes esparcidos por el suelo, parecía haber sido víctima de una tragedia. El gran salón, donde nos reunían a amigos y familiares, con sus muebles cubiertos por sábanas y una gruesa capa de polvo, recordaba un velatorio. El olor a cerrado me obligó a abrir una de las ventanas y a cubrir mi boca y nariz con un pañuelo.

—Sí, abra, haga el favor. Da la impresión de que su tío clausuró esta ala de la casa muchos años atrás, señorita Susanne.

—No volvió a su ser tras lo ocurrido a su esposa.

—Qué horrible y enigmática desgracia. Desaparecer así, sin dejar rastro. Nos distanciamos mucho, ¿sabe? Mi mujer siempre le ha culpado de arrastrar a su tía, su querida amiga del alma, por medio mundo, aunque me consta que ella lo hacía gustosa.

—Sí, pero entiendo que el dolor haya nublado el juicio de su esposa, señor Mallard. —Mis pasos resonaban en aquella casa que no recordaba en silencio, al contrario. Miré por uno de los ventanales del primer piso. Al fondo del jardín tan solo sobresalían los tejadillos de las cuerdas entre la maleza—. ¿Qué fue de los animales de mis tíos?

—No lo sé, supongo que serían liberados antes de que su tío también nos dejara. Bueno, ya sabe, nunca encontramos a ninguno de ellos.

—Eran su verdadera familia. Mi madre siempre decía que los querían más que a nosotros.

—Sus tíos fueron una pareja excepcional, querida amiga. Pero no dejemos que la tristeza nos embargue. —El carácter alegre del señor Mallard volvía a aparecer—. Tengo documentos que debe usted firmar para recibir su herencia. Esta propiedad, bien adecentada, puede valer una fortuna.

—No es mi deseo desprenderme de ella —corté, tajante.

—Pero su mantenimiento es caro, y, que yo sepa, sus ingresos como maestra son exiguos, mi querida Susanne.

—Si mi tío quería que yo tuviese esto, debo cumplir con su voluntad. Además, planeo publicar pronto una novela y eso me permitirá... —El albacea de mi tío no pudo reprimir una carcajada—. ¿Qué es tan gracioso, señor Mallard?

—Disculpe, pero dudo mucho que ningún editor de Londres vaya a publicar a una mujer, no se ofenda. Y menos a una maestra desconocida.

—Mary Shelley lo hizo y con gran éxito.

—Oh, vamos, una en un siglo.

—¿Una? No, señor. *Valperga*, *Lodore* o *El último hombre* llevan su firma.

—Me refería a una mujer, y además todo el mundo sabe que esa novelita, la famosa, esa del «moderno Prometeo» o como se llame, su única obra conocida, la tuvo que escribir su marido.

—¡No solo Mary Shelley! También están Charlotte y Emily Brontë o Sara Coleridge.

—Nombre a quien desee; ustedes no tienen la inventiva masculina. ¿Qué será lo siguiente? ¿Entrar en el Parlamento? Vamos, mi querida Susanne.

—Deje ahí los papeles que debo firmar y márchese, señor Mallard.



—No se ofenda, jovencita, no se ofenda.

—Se los haré llegar. Ahora, salga de mi propiedad.

El albacea dejó los pliegos en una mesa cubierta de polvo y salió maldiciendo entre dientes. Supongo que quería hacerme alguna oferta ventajosa para él por esta casa, pero yo no estaba dispuesta a desprenderme de tantos años de experiencias y recuerdos.

Dediqué más de tres semanas a adecentar la vieja mansión.

No recuerdo si fue la primera o la segunda tarde que pasé en ella, pero me pareció percibir un sonido, un ruido que salía de alguna parte de la biblioteca de mis tíos. Tras mucho mirar y desechar posibles causas, llegué a la conclusión de que debía tratarse de alguna madera desvencijada o carcomida.

Pero al día siguiente volví a escucharlo. Me sobresalté al pensar en una infestación de ratas o de insectos, así que compré varios cepos y me informé de lo necesario para sanear bien la zona de los libros, aunque me negué a fumar y usar las cenizas con el propósito de ahuyentar a esos indeseados inquilinos. En su lugar, y gracias a la biblioteca de mis tíos, utilicé una mezcla de ruda, planta que, por fortuna, seguía sobreviviendo en el jardín de mi tía Sue, machacada y hervida, a la que añadí una parte de alcohol. Satisfecha por mis recién adquiridas capacidades como química aficionada, decidí dejar Wolfsmith Manor y volver a la casa familiar de los Connel, pero en el momento en que cerraba la puerta principal y me disponía a atravesar el jardín, algo parecido a mi nombre sonó mezclado con el viento.

—¿Hay alguien? —pregunté, con un hilo de voz, mientras mis piernas se agitaban presagiando un vahído.

Sonreí. La pregunta era estúpida y más hacerla en voz alta. Me reí y comencé a girar la llave para cerrar la puerta, pero juro que volví a escuchar mi nombre, esta vez de manera mucho más clara. El corazón se me desbocó y tuve que tragar saliva. Me aferré a la puerta con ambas manos,

puesto que no me fiaba de mi propio equilibrio. ¿De dónde venía esa voz? ¿Quién me llamaba? Miré a ambos lados. Nadie, por supuesto. El sol ya se ponía y tenía por delante un buen trecho hasta llegar a mi casa. Respiré hondo y me di ánimos a mí misma. «Es mi imaginación. Mi madre tiene razón: tantos libros han hecho de mí una crédula fantasiosa», me repetí. El camino de retorno a casa se me hizo eterno hasta que doblé en la calle Brompton y me encontré con mi hermana Alice.

—¡Susanne! ¡Qué agradable coincidencia! ¡Ven!

—Siempre tan jovial, Alice. ¿Qué te provoca tanta excitación, hermana? —Sonreí. A sus quince años, mi hermana pequeña era una presumida jovencita cuyos intereses iban desde conseguir marido a casarse bien con toda la amplia gama de variedad que había entre esos distantes puntos y, aun así, su presencia siempre me alegraba. Alice vivía en un país maravilloso, muy distinto del mío, estaba claro.

—¡Tienes que ver lo que han puesto en Harrods, hermana! —Tiraba de mi brazo apremiándome. «Oh, no. Más moda absurda de Francia no», pensé, pero esboqué la mejor de mis sonrisas para no herir los sentimientos de mi hermana. Ese era otro de los temas de interés de Alice Connel, muy seguido también por nuestra hermana mediana Dorothea —. Corre, Susanne. Te estaba buscando. Esto te va a encantar.

Corrimos hasta la puerta de los grandes almacenes, lugar casi de peregrinaje de mi madre y mis hermanas, y pude ver una multitud agolpándose.

—Si me vas a enseñar el nuevo sombrero parisino, te prometo, Alice, que dejaremos de ser familia —protesté.

—No, no. Mira —decía mientras apartaba con descaro y educadísimos «disculpe» al gentío y nos situaba ante el escaparate—. Ya no hace falta subir escaleras, hermana.

Fascinante. Se habían escuchado rumores sobre lo que se estaba haciendo en Harrods durante unas semanas, sobre todo tras la enorme reconstrucción del edificio que ha-

bía sido víctima de un incendio años atrás, pero esto marcaría la diferencia con sus competidores. Si ya el negocio despuntaba por sus novedades, lo que habían hecho era situar a Londres a la cabeza del futuro.

—¿Cómo es posible? —dijo un hombre con sombrero a mi lado.

—No creo que sea seguro —rezongó una mujer mayor.

—Me da miedo, madre —exclamó un niño que trataba de esconderse tras la falda de su madre, que miraba embozada el escaparate, como todos los presentes.

La escalera que comunicaba el piso inferior con el superior se movía sola. Algún ingenio hacía que sus escalones se desplazasen. No sé cuánto tiempo observé hechizada esa maravilla.

—Susanne, es muy tarde. Deberíamos volver a casa —me rogó mi hermana.

—Claro, pequeña. —Sonreí—. Gracias por mostrarme esto.

—Sabía que te iba a gustar. Tú eres muy lista. Madre ha dicho que hoy cenaremos algo especial. ¡Vamos!

La cena transcurrió, como de costumbre, con mis hermanas hablando sin parar y mi madre reclamando silencio, recordando la ausencia de mi padre. Yo ni abrí la boca recordando el ingenio de esas escaleras automáticas de Harrods. «Las maravillas que veremos gracias a la tecnología», pensé.

Me retiré argumentando cansancio y me dispuse a dormir con un libro en mis manos.

Al día siguiente volví a mi rutina de las clases con mis pequeños alumnos y a adecentar mi nuevo hogar. Limpié con esmero al menos media docena de armarios de ropa de mis tíos a cual más sorprendente por la cantidad y variedad de prendas. Me estaba deshaciendo de varias de ellas, depositándolas en la calle para uso de los más necesitados, cuando escuché claramente mi nombre. Me giré asustada. Lancé la pregunta al aire:

—¿Quién es?

Nadie respondió. Un vahído amenazaba en mi interior. Apresuré el paso y me introduje en la casa. Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño al volver a casa de mi madre.

Durante aquellos días descubrí muchas de las maravillas que mis tíos habían atesorado en sus viajes por todo el mundo y, para mi fortuna, no volví a escuchar mi nombre en lo que ya había catalogado como «una estupidez propia de mis fantasías».

Debido a mis escasos recursos económicos, me vi obligada a hacer yo sola todas las limpiezas y reparaciones al terminar las clases, máxime cuando Michael demostró ser un estorbo empeñado en vender la propiedad, pero en poco menos de tres semanas Wolfsmith Manor ya era un lugar habitable.

Mi madre montó en cólera cuando le comuniqué mi intención de mudarme. «Una joven maestra como tú, sola en ese siniestro caserón. ¿Has perdido tu poco juicio, Susanne?», fue su respuesta. La mía fue recoger cuatro objetos queridos, media docena de necesarios, un poco de leche, té y marcharme de su casa.

Reconozco ahora que la primera noche fue difícil.

Mi prometido me esperaba en la verja principal de Wolfsmith Manor.

—¿Así que pretendes hacer de esto un hogar? —fue su saludo.

—Hola, Michael. Buenas tardes.

—¿No piensas invitarme a un té en tu nueva y... lo que defina esta acumulación de desastres?

—Michael.

—¿Qué, Susanne? ¿No vas a vender este vejestorio de mansión? Podríamos obtener una buena suma, querida. Creía que estábamos de acuerdo en nuestro plan de vida.

—Es tu plan de vida, Michael —recalqué el «tu»—. El tuyo. Por lo visto, os habéis entendido muy bien mi madre y

tú. Está claro que para vosotros yo no pinto nada.

—Oh, querida, qué confundida estás. ¿No quieres ser la esposa de uno de los mejores cirujanos de Londres? ¿No quieres darme hijos?

Le miré a los ojos. Ahí no quedaba ni rastro del zalame-ro embaucador que me regalaba los oídos con frases de amor eterno. Solo vi a un nervioso y miserable estudiante de medicina, comido por la codicia, que se frotaba las manos ante la herencia de una boba a la que había engatusado con su porte y su labia y que temía que esa dote se escapara.

—Es lo último que deseo en este momento —acerté a balbucear con toda la firmeza de que fui capaz.

—¡Yo sí quiero hijos! ¡Y tú me los darás! —dijo sin ápice de humanidad en su rostro.

Supongo que la ausencia de testigos le pareció motivo suficiente para montar una escena abandonando su, hasta el momento, exquisita educación de supuesto lord británico, porque se tornó violento y desagradable. Empezó a gritarme, a insultarme, me llamó desagradecida y llegó a levantar su mano para abofetearme. Mi rodilla derecha quebró su escasa virilidad. Agachado y dolorido, se alejó profiriendo amenazas.

Yo temblaba, pero al mismo tiempo me sentía llena de un poder que nunca había tenido. Nunca una palabra más alta que otra, nunca dar mi opinión, nunca hacer nada que no fuese propio de una señorita londinense. Sonreí pensando en qué le contaría Michael a mi madre.

Respiré hondo, vi la silueta de Wolfsmith Manor recortada contra la luna y entré en mi nuevo hogar.

Las semanas de trabajo habían dado sus frutos y la mansión recordaba a sus mejores tiempos. El aroma a flores frescas, algo que nunca faltaba en vida de mi tía Sue y que yo había decidido recuperar, me dio la bienvenida.

No ocupé el dormitorio principal por algún tipo de superstición absurda o pacato respeto a la memoria de mis

tíos y dormí en la habitación que ellos destinaban para mí en mi infancia. Los ruidos extraños invadían la propiedad y me impedían tener un verdadero descanso. Me levanté, fui hasta la cocina y preparé una taza de té que endulcé con un poco de miel. Entonces lo oí más claro. Un maullido quebrado, una voz felina que yo recordaba. ¿Era posible? «¿Raffaello?», pregunté al aire.

Apareció entre las sombras. Estaba igual que hacía años. Blanco, gordo, con esa mirada azul que parecía comprender cuanto le decían los humanos para luego actuar como le viniese en gana. Se frotó contra mis pies y lo levanté.

—¡Qué agradable sorpresa, mi querido primo! —Siempre había considerado como «mis primos» a los animales de mis tíos. Encontrar a Raffaello era hallar una parte de mis memorias vivas—. ¿Cómo te las has arreglado tú solo aquí, pequeño?

Maulló como maúllan los gatos del puerto, con desgarrro y descaro, y se frotó contra mi cara. Busqué algo para dar de comer al animal. Él tomó leche y yo el té. Aunque la bebida caliente me reconfortó, mi mente no podía descansar y vagaba entre los recuerdos de mi adolescencia, la tristeza y la decepción para con Michael. Encendí, no sin esfuerzo y varios conatos de humareda e incendio, la chimenea de la biblioteca y busqué algo con lo que entretenerme. Era complicado elegir un volumen. Antropología, física, botánica, medicina, ingeniería... Parecía que todo interesaba a mis tíos. Busqué entre las novelas, pero casi fue peor, puesto que las había en más de diez idiomas y mis conocimientos más allá de un rudimentario francés eran nulos.

Entonces reparé en que Raffaello no dejaba de frotarse contra cuatro libros encuadernados con primor que ocupaban un lugar muy cercano al escritorio. No había inscripción alguna en sus lomos. Tomé uno con cuidado, casi con miedo.

Eran los cuadernos de viaje de mis tíos. No sé cuál de los dos era capaz de dibujar con esa maestría, pero los textos estaban acompañados de hermosas ilustraciones en las que se veían paisajes, animales y objetos desconocidos en Londres. No puedo calcular cuánto tiempo pasé leyendo aquel primer volumen, pero el alba me sorprendió. Con gran fastidio me preparé para dar mis clases en el colegio y me dirigí hacia él. El día se me hizo una eternidad hasta que pude volver a mi nuevo hogar, ser recibida por Raffaeello y continuar con las lecturas. Ni rastro, gracias a Dios, de Michael.

Tardé más de una semana en acabar el primero de los tomos. En algunos pasajes dudaba de la exactitud de las palabras allí plasmadas, ya que parecían más una novela fantástica que un fiel reflejo de la realidad. ¿Hombres de ocho pies de altura? ¿Un animal con un cuerno en su frente? De ser todo aquello cierto, el mundo tal y como lo conocíamos se había quedado pequeño.

Mi madre accedió a visitarme en la casa tras varios ruegos. Su obcecación cesó cuando le dije que había comenzado a leer los cuadernos de viajes de mis tíos. Me puse un bonito vestido y recogí mi melena negra en un elegante moño. Había dispuesto té y pastas en el salón para disfrutar de su compañía, pero su llegada, muy alterada, trastocó mis planes.

—Hija, no deberías creer ni una sola palabra de lo que tu tío haya escrito en esos libros. Es más, no creo que sean una lectura recomendable.

—Madre, no entiendo tu preocupación. Robert y Sue recorrieron lugares maravillosos. Haría lo que fuese para poder seguir sus pasos.

—¡Por eso! Esa mujer no fue una buena influencia para tu tío. Y a ti se te va a llenar la cabeza de más ideas ridículas, querida.

—¿«Más ideas ridículas»? —me indigné—. No sé a dónde quieres llegar, pero es suficiente. Es mi vida y planeo vi-